

jardín cerrado a todas las asechanzas de la serpiente».

PROGRESOS EN LA IGLESIA OCCIDENTAL

La agonía del imperio, la destrucción de las escuelas, el caos político originado por las invasiones bárbaras hicieron más lenta la evolución del dogma en el mundo occidental. Por otra parte, la producción literaria es mucho más escasa, y no nos permite seguir con tanta claridad como en Oriente el proceso de la vida religiosa. No obstante, allí se levanta en el siglo V el poeta Sedulio, para cantar «a la suave rosa que aparece entre las agudas espinas y que no tiene la menor influencia de la muerte». allí escuchamos, en el siglo VI, el elogio de otro poeta. Venancio Fortunato, «a la mujer que estuvo unida a Dios con una alianza perpetua»; allí, ya en el siglo VII, se oye la voz de un predicador, San Ildefonso acaso, que llama a María «dulce retoño que de una raíz viciada sale indemne de todo vicio»; y de allí nos viene, algo después, esta afirmación tan clara y terminante, que podría dejar satisfecho hasta al teólogo más exigente: «Santificada en el seno de su madre, María no contrajo el pecado original.» Estas palabras se leen en un libro intitulado *De partu Virginis*. Desgraciadamente no sabemos quién es el autor de esta obra, atribuida por algunos a San Ildefonso de Toledo, cantor incansable de las excelencias de María, ni nos

es conocido tampoco con precisión el tiempo en que se escribió.

Es un hecho que por esta época la Iglesia latina celebraba ya cuatro fiestas de la Virgen: la Purificación, la Anunciación, la Asunción y la Natividad. La fiesta de la Natividad hace que Pascasio Radberto, ya en el siglo IX, se proponga la cuestión de cuándo fué santificada la Virgen María para celebrar su nacimiento. La respuesta la da el sentido del pueblo cristiano, que por este tiempo empieza a admitir la fiesta celebrada ya anteriormente entre los griegos. El primer testimonio nos le ofrece un calendario de Nápoles, escrito hacia el año 890. El 9 de diciembre trae estas palabras: *Conceptio Sanctae Mariae Virginis*. La influencia viene de Oriente. Por eso se nos presenta en Nápoles, limítrofe entonces con las posesiones bizantinas de Italia. Pero hay que señalar dos cambios con respecto a la fiesta oriental: No se habla ya de la concepción de Santa Ana, sino de la concepción de María; y el día en que ha de celebrarse la fiesta tiene una relación evidente con el 8 de septiembre, con la fiesta de la Natividad.

Así entra el dogma en la liturgia, y la liturgia le llevará de iglesia en iglesia y de pueblo en pueblo. De Nápoles pasa a otras iglesias de Italia. Pasa a Irlanda por misteriosos derroteros. Hacia el año 1000 encontramos la fiesta en la isla de los santos, de donde se propagará hacia Inglaterra y hacia el continente. El pueblo la recibe con entusiasmo, pero los teólogos vigilan, vacilan, estudian. Es ahora cuando va a empezar la segunda etapa: la de la controversia.

Para detalles y suscripciones dirigirse a las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina de cada provincia respectiva.